

## EL TRABAJO

## ¿Todo va bien?

**José María Berro**

Sindicalista. CGT



La barbarie estructural está constituida por la implantación del poder como algo ajeno a la voluntad de los individuos. Supone la entrada de cualquier posibilidad de elección o de decisión en el reino de la necesidad, de lo que es obvio y viene dado. La esencia de ese poder es económica, y son las leyes económicas (las internas al actual modelo) las que conducen a esa ausencia de libertad, las que convierten a cualquier decisión en predeterminada, en resoluble sólo en una determinada dirección, en posibilidad única. Sencillamente, el modelo, fruto de decisiones humanas, ha acabado apropiándose de la capacidad de decisión. El modelo capitalista en su desarrollo ha llevado su inversión inicial (la supeditación del individuo a la máquina-capital) a su aplicación extrema. El incremento de beneficio del capital es el único criterio posible de decisión, y a él se supedita cualquier otra consideración.

Condiciones de vida y apertura de posibilidades individuales y colectivas están hoy drásticamente marcadas por esa realidad del poder reinante. Lo están en lo económico/laboral. La sociedad competitiva, la sociedad guerra en los escalones sociales más bajos se presenta como lucha por la supervivencia de todos contra todos, que se produce tanto a nivel individual como colectivo.

A nivel individual un ejército de aspirantes a cualquier puesto de trabajo tendrán como única forma de ofertarse el rebajar sus aspiraciones y aceptar cualquier endurecimiento de sus condiciones. Hoy cualquier puesto de trabajo se consigue por oposición, una oposición no reglada en la que el tribunal es el empleador. Los puestos de trabajo ofertados van desde el empleo más sub, absolutamente flexible, sin contrato ni cotización a la S.S. y en infracondiciones laborales y salariales, hasta los empleos más regulados y sujetos a convenio, con una amplísima franja (construcción, hostelería, transporte, comercio, como sectores más destacados, pero no en exclusiva) en la que se combinan ambas modalidades. En todo caso, en esa escala de empleos siempre sucede que los de menor calidad tiran a la baja de los que están por encima, en un proceso de degradación constante. Cada día la realidad laboral está más degradada, incluso por debajo de lo que marca la ley; una ley que experimenta

reiterados retrocesos, reforma laboral tras reforma laboral los trabajadores han ido perdiendo garantías y derechos. Más se endurece la realidad más retrocede la ley, en un camino aparentemente sin fin.

Colectivamente pasa algo similar. La gran empresa ha externalizado buena parte de sus procesos laborales lo que supone una inmediata degradación de las condiciones de trabajo, ha introducido contratos de segunda, con menor sueldo y peores jornadas, utiliza ETTs y somete a «los trabajadores con derechos» a un chantaje permanente en el que las condiciones de trabajo retroceden bajo la amenaza de despidos, recortes en la producción o el simple cierre de la empresa.

Todo ello se produce de una forma inapelable, como si de la aplicación de una ley natural se tratara, es sólo una exigencia de la competitividad no cuestionada ni cuestionable. El subempleo es mejor que el paro y la calle, obviamente, y ante el hecho prioritario de la creación de empleo las condiciones de ésta pasan a ser factor absolutamente secundario y sin importancia. Todo el mundo entiende que las cosas son así, y eso mismo es razón para que no puedan ser de otro modo. Hasta las instancias encargadas de velar por las condiciones de trabajo (inspección y magistratura) admiten que se trata de un factor muy secundario en el que sólo se hace lo que se puede, eso en el mejor de los casos. Hoy el empresario, el capital, se ve como un auténtico benefactor social; la CEOE es una ONG. Cualquier lucha o intento de resistencia para conservar las condiciones de trabajo e impedir su retroceso aparece como una defensa de privilegios que lesiona la buena marcha económica y es insolidaria con la mayoría.. Esos intentos de resistencia o de defensa de algunas posiciones obreras, además de verse como insolidarios acaban siendo estériles cuando no contraproducentes. La realidad se impone y si se le molesta u obstaculiza vuelve a presentarse con mayor contundencia y en posiciones más duras. Cuando el capital multinacional habla de descapitalizar una determinada factoría para acabar

en su cierre está haciendo un chantaje en el que no juega de farol. Y ese dominio es mucho más inmediato y férreo sobre sus empresas auxiliares y todas las que le están subordinadas, los trabajadores de estas están mucho más en sus manos. El capital ha desarrollado unos medios de dominación aplastantes.

De las condiciones laborales a las prestaciones sociales, el recorrido es similar. Pensiones y prestaciones por desempleo aminoran su oferta y endurecen las condiciones de acceso. Empresas públicas, que alguna función social y garantista tenían, están con los procesos de privatización muy avanzados, cuando no finalizados. Algo similar, pero con distinto ritmo, sucede en servicios sociales básicos como enseñanza y sanidad, las concertaciones y la reducción de inversiones son la vía al deterioro previo a la privatización de unos servicios públicos, ciertamente no exentos de problemas pero que se resuelven siempre en menoscabo de su carácter universal y garantista y con pérdidas más sensibles para los de menos posibilidades. Se cambia, arteralmente, riqueza social por beneficio privado: hincarle el diente a las pensiones o a sectores económicos antes públicos está suponiendo una fuente suculenta de negocio.

También aquí todo el proceso se presenta como posibilidad única e inevitable. Los recortes y deterioros de los



## EL TRABAJO

sistemas públicos aparecen como la única forma de salvarlos, para al tiempo tener que volverlos a salvar volviendo a hacerles retroceder. Paralelamente cuanto más se deteriora lo público más se anima, y hasta se incentiva con dinero (curiosamente) público, el recurso a los planes privados (en pensiones, en sanidad, en educación), y ese refugio en lo individual y privado de una mayoría facilitará el camino a un mayor deterioro de los sistemas públicos, de los que ya sólo dependen aquellos que no pueden acceder a otra alternativa. La fractura social es cada día más abismal.

La extrapolación de lo laboral y lo social a lo político puede parecer menos directa, pero no es menos real. Lo laboral y social es política; ha sido incluso el centro de la política y cuando aquéllas entran en el reino de la necesidad y de la posibilidad única la política está prácticamente desaparecida, reduciéndose a gestión más o menos acertada pero sin decisión, sin política. El engrisecimiento de las opciones políticas, su convergencia en el centro que le viene marcado, su concurrencia en él no sólo de las opciones políticas, sino también del pensamiento/no-pensamiento mayoritario definido como opinión pública, tiene mucho que ver con ese predominio aplastante del poder económico y la muerte de lo social. En el reino de la necesidad la política (la toma de decisiones) sobra, es innecesaria, y hasta como mero juego de representación de lo real estorba. ¿Qué queda de la política? El orden público y el control de la seguridad/inseguridad ciudadana. En una sociedad que acumula altísimos riesgos (por la forma de vida, por las desigualdades abismales, por el modelo de desarrollo técnico, por la cerrazón del poder y su animación del terrorismo por estúpido que parezca) la seguridad depende de un poder necesariamente creciente y crecientemente concentrado. A la inversa el poder depende de la inseguridad y su papel no es ofrecer seguridad sino acrecentarse él gestionando la inseguridad. Los que de verdad necesitan y quieren seguridad, se la pagan.

(Abro este paréntesis que en este momento me parece inevitable aunque ponga en cuestión las anteriores afirmaciones, hoy el discurso no puede ser lineal. La muerte de la política que es real en los estados en plural, parece

volver a renacer para el estado en singular: la decisión a tomar es la guerra y el estado el estado-guerra. Es un tema que se sale del presente artículo pero imposible de no mencionar a 10 de enero de 2003, dada su importancia crucial en la actualidad)

Sigamos: la inseguridad se resuelve en más policía, la única forma posible de más estado, pero en este caso no en más política que sigue su camino de engrisecimiento y desaparición.

Acabaré el artículo refiriéndome a la campaña del P. P., la que ya tiene puesta en marcha y constituirá el eje de la electoral. No quisiera hacer política; no a favor de ninguna de las opciones presentes; sí en contra de todas ellas, pero creo que esa campaña sintetiza a la perfección lo que en el artículo quería decir. El lema es «menos impuestos, más seguridad». Menos impuestos. Siempre los impuestos habían tenido una función redistributiva. Los del no hay dinero (para las pensiones, para la sanidad, para la educación) nos seducen con una bajada de impuestos que acrecienta nuestro nivel de consumo como fórmula para que España siga yendo bien. Más policía. Hasta hace poco la delincuencia y la inseguridad ciudadana tenía un componente social ahora desaparecido, cuando es mucho más presente. Ambos lemas entrelazados constituyen un paradigma del paso del estado social al estado penitencial y policial. La receta perfecta para deshacer, para seguir deshaciendo una sociedad. Esa es la barbarie estructural.

El problema es que todos nos hemos dejado conducir a esta situación. Sin haberlo querido, poquito a poquito: una rebaja de impuestos por aquí, una desigualdad que le aplican al compañero nuevo en el trabajo por allá, un recorte tan pequeñito que no va a ninguna parte por el otro lado, sin haberlo querido pero sin oponernos, aquí estamos. Si nos lo hubieran preguntado hubiéramos dicho que no, ¡faltaría más!, pero no lo han hecho. Arteramente nos han conducido. Cínicamente nos hemos dejado conducir. Sería otra de las conclusiones (o de las causas) de esta situación de poder aplastante, en la que todo viene resuelto en necesario y obvio: la persona sin decisión y, por tanto, sin culpabilidad. Ciertamente que estamos metidos hasta las cejas, pero somos inocentes. Es una suerte.